

gislativo, equivale á poner en un brazo el ojo que corresponde á la cara, en una pierna el cogote, que corresponde al cuello. La sociedad, compuesta por todos, dentro de cuyo seno todos gozan de una libertad igual, delega en el Estado la dirección de los ciudadanos, la cual dirección, suma de tantos sumandos, multiplicación de tantos factores, no puede oprimir á nadie, pues todos no serán jamás tiranos de todos, cuando la tiranía se personifica por fuerza en uno solo. Verdad, mucha verdad. Pero debe distinguirse con cuidado entre las facultades humanas, aquellas capaces de tener una potencia colectiva y oficial en el Estado de aquellas que, individuales, no pueden al Estado entregarse de modo alguno, sin detrimento del humano derecho. Por ejemplo, estamos obligadísimos á cumplir los mandatos de la voluntad general, coercitivos de nuestra voluntad particular; pero no estamos obligados á creer las creencias del entendimiento popular, porque la creencia es privativa del individuo y sólo puede regirse y asegurarse por el derecho individual. Como fundamento de la soberanía del pueblo, todas las ideas de Rousseau no tienen posible sustitución en la Filosofía y en la Historia; él es quien ha fundado el gobierno de las naciones por sí mismas, como los jurisconsultos de las universidades medioevales fundaron frente á los privilegios del feudalismo teócrata y militar el derecho divino de los reyes que debía prestar tan firme base y tan alta unidad á los Estados modernos ingertos en el antiguo espíritu romano por las monarquías absolutas. Aunque Rousseau haya dicho que no hay posibilidad alguna de una democracia en el mundo, entendiendo la palabra democracia en su ingenuo primer sentido, gobierno del pueblo por sí mismo, su contrato social resulta, y los organismos propuestos por sus doctrinas para la composición de los Estados, el dogma fundamental de la verdadera soberanía del pueblo. Pero en este afán de sustituir los pueblos á los reyes, el gran polígrafo se había olvidado de cómo iba creciendo la libertad individual, ó el maravilloso concepto de ésta, y había que hacer tamaño concepto compatible con la indudable soberanía del pueblo. Mas cuanto yerra en esta materia por su amor á la voluntad general y su desprecio de los derechos individuales, incomprensibles á su inteligencia éstos, se observa, parándose á contemplar cómo quiso imponer á las repúblicas, hechuras de su espíritu, una religión del Estado, y como esta religión del Estado frustró no sólo el trabajo de la Constituyente, ya muy fecundo, el trabajo de los convencionales que no pudieron fundar en el período de su poder inmóvil la democracia, la república, la libertad en Francia.

Descendiente Rousseau de los hugonotes, lanzados del suelo francés por la prepotencia reaccionaria del ultramontano jesuitismo, demostrada en la Revocación del Edicto de Nantes; matador involuntario de su pobre madre, á quien le costó el parto de este segundo hijo la vida; crecido so la sombría viudez de un padre, muy devoto á su mujer, y que nunca olvidara cuánto le aportó de amargas y dolores eternos aquel hijo, al hacerle sin querer lo, viudo; abandonado de todos en su infancia, pues una escapatoria del padre agravó

su orfandad, es decir, le dejó huérfano completo, sin padre ni madre; vejado y opreso por la terrible brutalidad y la mala educación de un maestro que á diario injuriaba y golpeaba sin miramiento alguno al cuitado aprendiz; nómada y errante á los diez y siete años, de cuya gigantesca suerte no acertó á sacarlo dama hermosa é inteligentísima sino para corromperlo; catecúmeno de las escuelas católicas y renegado de la religión material; hospiciano, pordiosero; ayuda de cámara en palacio condal, simple lacayo de góndola en veneciana familia patricia; seminarista, escribiente, compositor; viajero sin saber adonde iba ni de dónde venía; muy tallado ya y pareciendo verdadero niño; con mucho genio y sin madurez alguna; falto de vocación y de finalidad á los cuarenta y más años: secretario tan sólo de una embajada francesa, el mayor oficial empleo de su vida, cuando á la vejez corría ya; trabajoso autor de óperas mal oídas, y si no silbadas, de una insipidez en sus acentos, generadora natural de la indiferencia del público; condenando las ciencias y las artes en su primer escrito por ganarse un premio de Academia; célebre al escándalo que promoviera esta peligrosa tesis; en cuanto llegó hasta el renombre con extremos tales que los reyes objetaron sus discursos filosóficos é intervinieron en sus cuestiones literarias, Rousseau dejó de tomar las letras como un medio de ganarse la vida, cual fuera un día la música, y adquirió la entonación correspondiente á quien desea doctrinar las generaciones vivas así como aperebir un mejor estado social á las generaciones venideras; y escribiendo para los creyentes la *Religión del Vicario Saboyano*, para los jóvenes el *Emilio*, para las mujeres el epistolario de la *Nueva Heloisa*, para los políticos el *Contrato Social*, con un vigor dialéctico hasta en el sofisma, con una pureza de lenguaje así en lo más elevado como en lo más vulgar, con una elocuencia tan fácil y tan inagotable hasta en las epístolas familiares, que hubiera podido vivir como un Monarca y morir como un Dios, si los horrores de la intolerancia religiosa no concluidos todavía, las persecuciones consiguientes á estos horrores, las intrigas que se asen y entrelazan como yedras al frondoso árbol de las grandes reputaciones para derribarlo, sus propios nervios desarreglados por excesos de desconfianza, el mal humor y el monomaniaco escrúpulo de que todos le desamaban, sus amores volanderos y de mariposeo continuo, el cambio de amistades, la extravagancia de costumbres, la demencia de su matrimonio con Teresa, no le hubieran arrastrado en sus últimos años á una especie de neurosis llamada por todos locura y á una muerte súbita por apoplejía que todos creyeron suicidio. Hé aquí señalados con proligidad, acaso no congruente á una Historia general del siglo, los factores que componían como el ázoe y el oxígeno componen nuestro respirable aire vital, el espíritu de madama Rolland. Entre los tipos reales, pero un poco novelados, de Plutarco, y los tipos imaginarios de Rousseau, había bastante para remontar los nervios de madama Rolland, desde los comienzos de su niñez hasta que los calmó, rompiéndolos, el supremo remedio, la muerte, infligida por el hacha de un verdugo en la terrible guillotina. Muy apologista de la Naturaleza, echándose las de observar



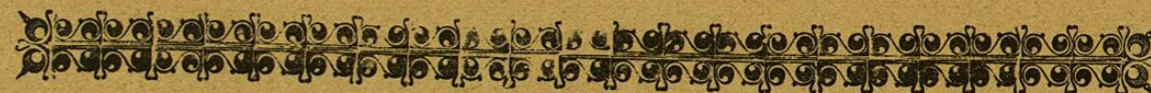
mucho la realidad; después de recorrer todas las escalas y de vivir con todas las clases sociales, Rousseau concluía siempre por crear algún tipo extravagante, ó sostener alguna tesis imposible, como el hombre colocado fuera de toda sociedad y primitivo, como el artificioso joven rehecho por una educación á lo *Emilio*, como la llorosa nueva *Heloisa*, como el *Contrato Social*, imposible de hallar en parte alguna; como aquella religión despojada de misterios y hecha por mero razonamiento y que demuestra la existencia de Dios y la inmortalidad del alma con teoremas algebraicos, cuando tamañas verdades no se demuestran por género alguno de razonamiento y sólo se ven claras, cual el sol en su alto cenit, con los ojos de la intuición interior, á los resplandores de una viva fe. Mas id con estas á una joven bella y nerviosa, dotada de una inteligencia viva, que como la materia radiante se irradia por todos lados, respirando más electricidad que oxígeno en el aire vital, impelida por ignoto viento del cielo á finalidades rodeadas por un espeso misterio, cuyo secreto sólo Dios conoce.

Todo lo contrario Mr. Rolland, todo lo contrario de madama Rolland. En ésta predominaba el sentimiento: en su marido la razón. Ella era un genio de primer orden, y él un talento de segundo. Brotaba la fantasía por todas sus palabras en ella; en él sobreponíase á todos los cálculos matemáticos y las reflexiones severas. Madama Rolland parecía una romántica de los tiempos calderonianos y huguescos: Mr. Rolland un kuáquero de todos los tiempos. Muy clásica en su lenguaje la esposa; el esposo muy oficinesco. De la escuela del contrato social la una, de los fisiócratas el otro. Ella enamorada de la revolución; él de la evolución. Así, mientras la vida del hogar dominó sobre la tormentosa vida pública en el matrimonio, dirigió Rolland casa y familia y amigos. Entonces era cuando se contentaban los dos con que ascendiera él modestamente, poco á poco, pasito tras pasito, en una carrera del Estado; entonces era cuando hacían los después republicanos informes de limpieza de sangre y de orígenes nobiliarios en la familia del marido para que pudiera éste desempeñar cargos altísimos en el seno de una Monarquía tradicional; entonces la Estadística y la Economía privaban sobre todos los estudios, y madama Rolland no escribía párrafos líricos sobre los derechos humanos y la República universal, escribía columnas de números sobre importación y exportación, así como prosaicas memorias sobre las fábricas de Inglaterra y sobre los mercados de Europa. ¡Cuán apacible la vida de un inspector oficial, á quien le incumbe seguir el movimiento industrial y mercantil para proponer á la suprema Administración, aplicaciones sabias de lo adelantado fuera y leyes al trabajo y al producto de dentro! Una relación oficial con autoridades provinciales ó centrales, un viaje de inspección por lo interior ó por lo exterior del reino, unas proposiciones encaminadas al mejoramiento industrial: hé ahí la ocupación exclusiva del fundador excelso de la primera República en Francia. Sus deseos no pasaban entonces de votos hechos al cielo para que, sin salir los franceses de sus instituciones, tuvieran un despotismo, que sirviese al progreso, y se lla-

mase con justicia y razón ilustrado. Gustábanle más los pueblos bien dirigidos que los pueblos libres. A lo sumo llegaba el sabio hasta Turgot, quien deseando el bien para los de abajo, quería que cayese de arriba ese bien, y no lo buscasen y no lo consiguiesen por sí mismos los pueblos. La fórmula de Turgot, entonces progresiva, entonces luminosa, entonces de verdadera salvación, se ha repetido por los reaccionarios en las crisis políticas nuestras; todo para el pueblo, nada para el pueblo. Puesto que las sociedades tienen sus leyes, hay que dejarlas á su movimiento, como se deja el péndulo para que busque su isocronía natural, y huya de leyes artificiosas y contrahechas. Si algún tímido paso daba el pensamiento, innovador luego y revolucionario de tan experto economista, reducíase á pedir una representación con clases, como el Parlamento inglés, compuesto de una serie cerrada de privilegios sistemáticos, y terminando en la cúspide altísima con un Rey respetado y querido capaz de hacer bien, é incapaz de hacer daño á sus súbditos, partícipes de aquella soberanía jerárquica que debe tocar á cada clase y oficio, según su estirpe y rango, en una sociedad bien organizada. Centro de tan modestos y moderados principios se levantaba la tranquilidad del pueblo frances y la tranquilidad del hogar de Rolland. Si hubieran podido en tiempo de Turgot conseguirse por un modo pacífico y realizarse todos estos progresos sin sacudimientos, á cuán serena lumbre se hubiera calentado en elegante chimenea dentro de un campo y de un huerto y de un jardín propios aquella bien acomodada y virtuosa familia. Pero surgió el diablo de la revolución en aquel hogar tranquilo, y su lumbre suave se trocó en incendio voraz. Salieron del campo de Lyon, donde moraban, á las Asambleas revolucionarias, y perdieron la cabeza, como se pierde, no sólo al vértigo de las alturas, al cumplimiento de un destino que supera en mucho los destinos individuales y particularísimos. A la familia se la sirve con el ahorro, con el trabajo, con el silencio, con la conservación de una vida que prospera todos los minutos el bien de cada miembro del hogar; la humanidad y la patria no pueden ser atendidas cuando pasan por períodos creadores y revolucionarios, sino con sacrificios y holocaustos, con perpetuos combates y muertes violentas. En los días anteriores á la revolución, cuando marchaba Francia, sin que su movimiento se conociese, madama Rolland era una mujer humilde y casera; después de la revolución una Pitonisa. El Plutarco y el Rousseau crecieron redivivos y caldeados en la mente de madama Rolland, que procuró ingerirlos en el cacumen menos literario y menos filosófico de su observador y economista esposo. Como Porcia llevó su marido Bruto al tiranicidio, madama Rolland llevó su marido, fisiócrata y evolutivo, á la revolución. Tal fué, sin duda, el alma de esta mujer, una tempestad. He dicho y lo corroboro ahora, que madama Rolland, se parece mucho á Porcia y se parece muchísimo monsieur Rolland á Bruto. Como la escritura tuviera su mujer, fuerte, como los egipcios registraran en su liturgia los nombres de ciertas hembras más valerosas de suyo que los varones, el estoicismo se modeló en la esposa de Bruto, la cual fué su viva idealidad



encarnada, no ya en la familia, en la política. Por consecuencia, tras de Bruto se descubre, tanto como su idea propia, la idea de su esposa, dada completamente á doctrinarlo y á moverlo. Por una singularidad, propia de tiempos en los cuales no había muerto del todo la república ni del todo nacido la tiranía, Porcia sugirió á Bruto el propósito é idea de trazar la indispensable apología de Catón. Y he ahí por cuantos enlaces va llegando una determinación del hecho que dió muerte á César. El estoicismo, personificado por Catón, trasciende al espíritu de Porcia, y el espíritu de Porcia trasciende al espíritu de Bruto. Esta mujer del patricio no perdonaba medio de convertir á su marido en tribuno de la libertad romana y en vengador de Catón su padre. El nombre de Bruto le servía para esto maravillosamente. Fundada en una genealogía, más ó menos artificiosa, hecha por el genealogista Pomponio Atico, Porcia presentaba con persistencia inenarrable á su marido los deberes impuestos por la sangre y por el nombre. Descendiente del primer Bruto por su padre y descendiente por su madre de un héroe que se había sacrificado á la libertad, necesitaba, para merecer la gloria, en su persona vinculada, intentar hechos dignos de su nombre, y ninguno tan meritorio como el combate á muerte con la tiranía reinante y la unión de su apellido inmortal con la futura libertad. Mucho debió influir en el ánimo de Bruto, Porcia, para decidirlo y resolverlo, cuando, perezoso de inteligencia y perezoso de voluntad, influido por su madre Servilia, se había conformado tan fácilmente con la derrota y admitido puesto en las filas del vencedor. Pero concluyamos este paralelo, pues ya veremos cómo confirman los hechos las analogías entre Porcia y madama Rolland, entre monsieur Rolland y Bruto.



## CAPÍTULO SEXTO

### La gran crisis.

A Gironda se había unido, con el fervor propio de tal secta, en alma y cuerpo, al empeño de la guerra; y así del resultado de ésta dependía por completo su fortuna, salvándola, si próspero; perdiéndola, si adverso. Por la guerra se había sobrepuesto á los jacobinos; por la guerra eclipsado la terrible popularidad de Robespierre; por la guerra puesto en segundo término al ciclópeo Dantón, el mayor de los revolucionarios; por la guerra ganado la voluntad completa del Cuerpo Legislativo donde contaba con abrumadora mayoría; por la guerra sometido las pacientes y dulces, pero invencibles, resistencias del Rey; por la guerra entrado en el gobierno; por la guerra conseguido la dirección de aquella sociedad revolucionaria cuando á cata se tenía que tomar la Constitución y con empeño procurarse las armonías ó concierto entre los poderes constitucionales todos. Imagináo cual aparecería la impresión en el espíritu público y en los condensadores de la opinión general sabiendo que se había estrellado el gigantesco esfuerzo primero contra las fuerzas de los austriacos. No se curaba nadie de que latieran en la monarquía y en la corte deseos vivísimos del desastre; de que arrastraran al Rey las circunstancias á una declaración de guerra contra el Austria, declaración desmentida ya por su pluma cuando la pronunciaban sus labios; de que la organización antigua del ministerio consagrado á la guerra lo hiciera inservible para tan crítico momento revolucionario; de que los antiguos caballeros del puñal, gente allegadiza y cortesana, ó los militares muy realistas, formaran el estado mayor dentro del